JAVIER RABASA*

El privilegio de la materia embrionaria humana

'Amicus meus, Plato; sed magis amica, veritas'.
(Aforismo latino)

I. Introducción

Este trabajo es consecuencia de la discusión abierta por Rodolfo Vázquez en la primera línea de su trabajo "El problema moral del aborto", publicado en el No. 14 de la revista *Estudios*, correspondiente a otoño de 1988. Vázquez centra la discusión en una noción limitada de la persona y su implicación en un problema específico de esa ciencia práctica que es la moral: el aborto provocado. Para tal efecto, se propone dialogar con algunas ideas de Peter Singer, tomadas de su libro *Practical Ethics*, en representación del utilitarismo; algunas ideas del constructivista Carlos Nino, desprendidas, unas, de su libro *Ética y Derechos Humanos*, otras, del artículo "The Concept of Moral Person", publicado en la revista *Crítica*, 56, UNAM, 1987, pp. 47-72; y finalmente algunas ideas de Jacques Maritain derivadas de un artículo publicado en la *Revista de Filosofía*, UIA, 16 y 17 bajo el título "Hacia una idea Tomista de la Evolución".

Respecto de la moralidad sobre algunos casos de abortos provocados, Vázquez propone las siguientes opiniones (pp. 51 y 52), mediante las cuales pretende hacerlos pasar como moralmente buenos:

1. "A primera vista, el aborto terapéutico indirecto parece no requerir de mayor justificación moral si se acepta la teoría del doble efecto, es decir, cuando para salvar la vida de la mujer embarazada o preservar su integridad física se provoca, indirectamente, la expulsión del feto" (Véase la nota 16 del artículo de Vázquez).

2. "Por lo que hace al aborto terapéutico directo con el fin de salvar la vida de la mujer embarazada, coincidimos con Nino en que se justifica la común convicción (?) de que el feto debe morir (matársele) si es condición necesaria para salvar la vida de aquélla". Sin dejar de reconocer que tanto la mujer embarazada como el feto son personas, Vázquez opina que al feto debe matársele en tales circunstancias "porque dada la dependencia del feto con su madre, el ejercicio de sus capacidades está

*Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

muy limitado comparativamente con el de ella". Y según la opinión de Vázquez, "no aparece entonces conflicto de valores a nivel ontológico... El conflicto surge en el orden psicológico, entre el ejercicio actual de las capacidades del feto y el ejercicio actual de las capacidades de la mujer. Estas últimas tienen un desarrollo en acto y un campo de acción familiar (sólo familiar ?) que ciertamente no tienen las del feto" (los paréntesis son míos). No está por demás señalar aquí que cuando el ámbito de los valores psicológicos adquiere primacía sobre la ontología, la voluntad se desliza hacia algún tipo de totalitarismo.

3. Añade Vázquez: "Con respecto al aborto terapéutico para preservar la salud física y psíquica de la mujer embarazada, nos parece justificable si se practica antes de las ocho semanas de embarazo, cuando el feto es persona virtualmente."

4. En los casos en que se presuman en el embrión, por ejemplo, el síndrome de Down, parálisis cerebral o sida, "pensamos, opina Vázquez, que se justifica el aborto, si se presumen dichas afecciones físicas durante el período de las primeras ocho semanas de gestación".

5. "El aborto terapéutico se justifica moralmente, en cualquier período del embarazo, si por razones hereditarias o congénitas se descubre en el feto alguna malformación irreversible, imposible de compensar y se presume que su estado impedirá en el futuro alguna manifestación de autoconsciencia y libre decisión, por mínima que ésta sea. En estos casos, desde la teoría hilemórfica, pensamos, dice Vázquez, que la materia no ha alcanzado su disposición última para recibir el alma racional." En rigor, esta opinión justificaría moralmente también el infanticidio en estos casos, si bien a la ética médica le repugna arbitrar sobre la vida y la muerte con base en meras presunciones. Es evidente que a la medicina y su progreso les es más necesariamente conveniente estudiar estos casos que matarlos. Lo que hace pocos años era "imposible", ahora no lo es.

6. El aborto por violación, en la opinión de Vázquez, "se justifica moralmente si se practica antes de la octava semana, porque aun cuando el feto existe como persona virtualmente, no es razón para evitar la privación de su vida si la comparamos con el daño a la autonomía, dignidad e integridad física y psíquica de la mujer".

Y yo comento: si la violación sexual constituye una severísima disminución de las mujeres que la padecen, en su autonomía, dignidad e integridad física y psíquica, por el aborto libremente querido y practicado en tales casos, las mujeres, además, se vuelven agentes conscientes de nuevas y mayores disminuciones de los bienes que les son debidos en su moralidad, autonomía, dignidad e integridad física y psíquica, porque del acto brutal del violador se debe seguir, en todo caso, el castigo de éste y no, como opina Vázquez, la muerte provocada de la vida humana que, en tanto buena en sí misma, es efecto del acto de generación, y no de la degradación sexual del violador, ni de su inmoralidad.

Vázquez no justifica moralmente el aborto, en ninguna etapa de la vida embrionaria, en los siguientes casos:

1. El aborto socioeconómico (p. 53) y

2. El aborto por solicitud (*idem*), pero el aborto por violación se efectúa a petición de parte. Ahora bien, respecto del aborto por solicitud, Vázquez opina que: "este caso nos parece totalmente injustificado porque no se contempla ningún bien moral en cuestión, o algún motivo que deba tomarse en consideración salvo el deseo de la mujer para realizarlo. Los deseos o preferencias, por sí mismos, no constituyen, a nuestro juicio, razones suficientes para sacrificar un bien real como es, virtual o formal, la vida humana del feto." Pero, ¿acaso del aborto por violación se desprende un bien moral? Evidentemente no, pues se trata de la comisión de un crimen deliberadamente querido y solicitado por la madre del sujeto que va a ser muerto, sea por ella misma, sea por terceros. ¿Existe algún motivo suficiente para que de su consideración se determine la inteligencia por la comisión del aborto en tanto acción moralmente buena? El objetivo de este trabajo es demostrar que no es así, y que ante semejantes debilidades viene a colación aquello de que "en lo referente a la moral no parece que el vicio sea consecuencia de un defecto en la potencia, ya que tal debilidad más bien o totalmente quita o disminuya el pecado mortal. Pues la debilidad no merece el castigo de la culpa, sino más bien misericordia o perdón. (...) El defecto será respecto de la razón, cuando la voluntad se lanza a un bien deleitable según los sentidos, siguiendo la súbita aprehensión sensible. Y respecto del bien debido, cuando la razón, pensando, descubre un cierto fin que no es bueno, sea en ese momento o de la manera como lo presenta, sin embargo, la voluntad tiende a él como si fuera su propio bien" (Santo Tomás, *Suma contra los gentiles*, L. III, Cap. X). Es decir, en los seis casos de aborto provocado que Vázquez pretende justificar, existe deficiencia de razón.

No es extraño que las opiniones valorativas de Vázquez respecto del aborto provocado sean ambiguas cuando afirma, en contra de Nino y sus vacilaciones morales aplicadas al caso del aborto por violación, "que el nexo que une la moralidad y la obligación es un nexo necesario hasta el punto de que si un acto moral puede y debe realizarse y no se hace, se incurre en una falta moral de omisión" (p. 52); pero no afirma que si a la razón le repugna la comisión de un acto que puede y debe evitarse, y se comete, se incurre en un acto propio de una especie moralmente mala, como es la determinación de la voluntad por la comisión del aborto por violación y los otros casos practicados antes de la animación, la cual exige un acto libre de creación divina, y que Vázquez pretende situar, sin demostrarlo, y armado tan sólo con datos positivos consensuales, hacia las ocho semanas de gestación. El objetivo de este trabajo es, además, evitar caer en una falta moral de omisión y precisar porqué la materia embrionaria humana, aun antes de estar informada por un espíritu creado para ella, se muestra a la razón como una entidad inviolable, a la que nadie tiene derecho a matar. Lo que sí resulta extraño, es que las valoraciones morales de Vázquez sobre el aborto provocado están sustentadas por un filósofo cuya preferencia ideológica se inclina

por la tradición aristotélico-tomista, pero que ni siquiera barrunta la tesis que Santo Tomás expone en la I-II, q. 18 a. 2, 3, 4 y 5 de su *Suma Teológica* sobre las especies morales; y más extraño es que Vázquez diga preferir e inclinarse por la tesis de Maritain sobre el aborto, aunque "con alguna modificación que señalaremos en su oportunidad". Más extraña esta postura Vazqueciana porque el artículo de Maritain, aludido y utilizado por Vázquez, no trata el problema moral del aborto, sino que en él expone el filósofo francés una primera opinión acerca de la evolución de la materia, en una de cuyas partes simplemente afirma, de pasada y plenamente convencido y congruente consigo mismo (p. 62), que "el aborto es un crimen, ya sea realizado en los primeros estadios o en los últimos momentos de la gestación". Y Maritain, como pocos, sabía que de esta razón no se sigue necesariamente que el feto ha recibido el alma intelectiva desde su concepción, como quieren algunos teólogos modernos, pues si bien es cierto que Santo Tomás afirma, en el conocido capítulo 22 del tercer libro de su *Suma contra los gentiles*, que el embrión vive ante todo con una vida vegetativa, luego con una vida sensitiva, también afirma el 'aquinate' "que desde el instante de su concepción, e incluso también en el semen humano, la naturaleza humana está ahí virtualmente, y así es transmitida al embrión, realmente transmitida al embrión. Pues "virtualmente" quiere decir "realmente", aunque no "formalmente".

Por eso Maritain, y con él una pléyade de filósofos contemporáneos (Burke, Ferrer, Hervada, Marx, Schwarz, Viladrich, Vilar y Ratzinger, entre otros) concluyen respecto del aborto provocado: "Matar a un ser que posee virtualmente (realmente-virtualmente) la naturaleza humana, y está hecho para ser hombre, es evidentemente el mismo crimen que matar a un hombre (p. 62); y más abajo (p. 65) sostiene Maritain: "El aborto es un crimen, cuando se realice en no importa qué grado de la gestación".

De la sana lectura del artículo de Maritain, se infiere que el texto citado por él del capítulo 22 del tercer libro de la *Suma contra los gentiles*, es un anticipo que nos brindó en los últimos días de su vida de la fundamentación filosófica verdadera de la evolución de la materia y de los principios metafísicos del pensamiento realmente evolucionista; y nunca el problema de la moralidad del aborto provocado, problema no dependiente del momento de la animación, como opina Vázquez, sino de otras consideraciones que develaré más abajo, y que son el objetivo central de este trabajo.

El artículo de Vázquez incluye y termina con la exposición de un par de opiniones referidas al problema legal del aborto, en cuyo escenario aparecen de nuevo Singer y Nino, no así Maritain; el final está antecedido por una opinión sobre la despenalización del aborto y otra sobre el derecho a la objeción de conciencia.

Respecto a la coincidencia de Vázquez con Francisco Javier Elizari, prefiero citar textualmente a este autor en lo que el mismo Elizari califica de "mensaje fundamental y más puro de la objeción" de conciencia: "La

objeción de conciencia tiene un significado político en el más noble sentido de la palabra. Expresa una relativización de las leyes y poderes humanos; es un rechazo a tributarles un culto idolátrico y a darles un cheque en blanco. Es un indicador de que siempre han de estar sometidos a juicio, sin que ello equivalga a una sospecha radical o a una conducta orgullosa de ellos. Sería interesante un análisis histórico de los contextos en que la obligación de conciencia, aun sin este nombre, se ha hecho más presente en la historia humana. Es normal que las épocas de sacralización del poder civil hayan contado con un clima menos favorable para disentimientos basados en inspiraciones éticas. Frente a esta relativización de las 'autoridades' humanas se afirma el primado de la conciencia" (*Moralia*, Vol. V, p. 490, Madrid).

El primado de la conciencia sobre las autoridades humanas se fundamenta necesariamente en el fin último de la persona, que es la visión de Dios. Vázquez no menciona siquiera semejante fin y, por lo mismo, no toma en cuenta el hecho de que todos los atributos de la persona y las especies morales de sus actos dependen y se fundamentan necesaria, gratuita y afortunadamente, en la libre determinación de la sabiduría divina de crear, cuando a ella le place, el alma racional de cada persona, llamada para alcanzar, juntamente con la materia de la que es su forma substancial, la visión de Dios.

Una palabra más para poner término a mis comentarios a la objeción de conciencia y a esta introducción: no obstante que existen legislaciones que la aceptan (Alemania Federal, Austria, Israel y Suiza, entre otras), algunas le son contrarias; tal es el caso, por ejemplo, de la italiana, que establece la siguiente norma: "La objeción de conciencia no puede ser invocada por el personal sanitario y por quienes desarrollan actividades auxiliares cuando, ante el carácter peculiar de las circunstancias, su intervención sea necesaria para salvar la vida de la mujer en peligro inminente (art. 9)" (*Ibid.* p. 499).

Claro está que los miembros del personal médico y paramédico conscientes de que a la razón le repugna el asesinato implícito en la práctica del aborto y actúan dentro de una legislación eugenésica de corte totalitario como la descrita, en esos casos tan extremos y afortunadamente cada día menos frecuentes, gracias al progreso de la medicina, ajustan su conducta profesional a un principio de ética médica formulado por los obispos belgas en estos términos: "Estando dos vidas en juego, aun haciendo lo posible por salvar a las dos, se tratará más bien de salvar una que de dejar perder las dos" (*Ibid.* p. 499). La sujeción en la práctica a este principio requiere de una concepción científica y moral de una calidad necesariamente superior a la de quienes se empantanar en alguna predisposición legal de perder la vida del feto, porque cualquier predisposición de este tipo es contraria al fin de la medicina, en tanto que ciencia práctica.

II. Regulación de la discusión

En orden a la gravedad del aborto, la discusión ha de subordinarse a las mismas reglas solicitadas a San Anselmo por los monjes de su monasterio antes de escribir su *Proslogion*, dirigida a la comunidad cristiana del siglo XI: "que no me apoyase —dice San Anselmo— en la autoridad de las Sagradas Escrituras, y que expusiera, por medio de un estilo claro y de argumentos al alcance de todos, las conclusiones de cada una de nuestras investigaciones; que fuese fiel, en fin, a las reglas de una discusión simple, y que no buscase otra prueba que la que resalta espontáneamente del encadenamiento necesario de los procedimientos de la razón y de la evidencia de la verdad" (*Proslogion*, Introducción, Madrid, BAC, 1952); es decir, la discusión ha de tratarse filosóficamente; y filosofar es hacer ciencia de lo necesario. Esta definición la fundamento en esta cita de Santo Tomás: "Y lo inteligible en cuanto tal es necesario e incorruptible; y las cosas necesarias son perfectamente inteligibles para la inteligencia. En cambio, los seres contingentes en cuanto tales, son inteligibles de manera deficiente, y, por lo mismo, de ellos tomamos opinión y no ciencia. Por lo tanto, la inteligencia tiene ciencia de los seres corruptibles sólo en cuanto son incorruptibles, o sea, en cuanto son universales" (*Suma contra los gentiles*, Cap. LV, No. 10).

III. Comentarios a una antología de textos de Maritain

Los siguientes textos de Maritain están tomados del mismo artículo del que se sirvió Vázquez para comentarlo, y que es, al parecer, la única de las cuatro partes de que constaría el seminario sustentado por el Campesino de Garona sobre el tema que le da nombre: "Hacia una idea tomista de la evolución". Incluyo su reproducción para que el lector juzgue por sí mismo si la valoración moral que hace Vázquez de las afirmaciones de Maritain sobre el aborto provocado, al que rechaza categóricamente en todas las etapas de la vida embrionaria por ser un crimen, es una modificación de dichas afirmaciones —Vázquez las llama "tesis"— o si es, más bien, el producto de la insuficiencia de su comprensión, derivada de la precipitada reducción que hace Vázquez del concepto de persona, contenido en la definición que de ésta propone en la página 41 de su trabajo: "Un supuesto que, por poseer existencia racional, es capaz de autoconsciencia y libre decisión". Va, pues, mi antología de los textos de Maritain: Pág. 58: "Y cuando se llega a las naturalezas dotadas de inteligencia, incluso al intelecto humano, por más inferior que sea con relación al espíritu puro, tiene por fin último a Dios, *finis cuiuslibet substantiae intellectualis, etiam infimae, est intelligere Deum*, el fin de toda substancia intelectual, cualquiera que sea, por más ínfima que sea, es el ver a Dios, *intelligere Deum*, dice Santo Tomás en el Cap. 25; de manera que el hombre tiene un deseo o apetito natural de la visión de Dios, que no es solamente preternatural con relación a una naturaleza dada, sino algo sobrenatural, superior al orden entero de la

naturaleza".

Pág. 80: "El acto creador es absolutamente uno en el único instante sin fronteras que es la eternidad divina. Y es absolutamente libre. No se renueva; es inmutable; son los efectos producidos por él los que se renuevan y multiplican a lo largo del tiempo. Para Dios es lo mismo crear al hombre y crear a todos los hombres, el alma espiritual de todos los hombres, desde el primero hasta el último. Y es un acto de soberana libertad y cuyo efecto se produce aquí abajo sucesiva y necesariamente, tan pronto como son dadas por la materia las condiciones que lo solicitan, y que ellas mismas dependen de los acontecimientos individuales que han precedido, y de los cuales cada uno ha sido libremente querido o permitido por Dios."

Pp. 82 y 83. "Interesa comprender que esta afirmación: el alma sensitiva está en potencia en el alma intelectiva, es muy diferente de la afirmación que pretendiese que el dinamismo de la naturaleza material —el cual supone siempre la moción divina general, que mueve universalmente las cosas creadas— es capaz por él solo (bajo esta moción divina presupuesta) de hacer pasar al acto la potencia de que se trata.

¿Es capaz por sí solo —el dinamismo de la naturaleza— de hacer pasar al acto la potencia en la que se encuentra el alma sensitiva? Seguramente no, por él solo, es capaz de hacer pasar al acto la potencia en que el alma vegetativa se encuentra respecto del alma sensitiva, educida también, de la potencia de la materia, la que acabamos de ver con relación al desarrollo embrionario. Pero por él solo es incapaz de hacer emerger en el feto, en un momento dado de su desarrollo, un alma intelectiva, el alma humana que toma el lugar del alma sensitiva que informaba al feto en el estadio anterior; y ello no solamente porque el alma humana es espiritual, y en consiguiente no puede ser educida de la potencia de la materia; ella no puede ser más que creada por Dios para cada ser humano que viene a este mundo; pero también porque la disposición última de la materia que exige la infusión en el feto de esta alma creada por Dios, depende de un principio, intrínseco al ser de los progenitores y que, en tanto que substancia espiritual, trasciende el dinamismo de la naturaleza material: es decir, depende de la forma substancial de donde emana, a título de primer principio formal constitutivo del ser humano, el acto generador humano, y que es el alma espiritual e inmortal de los progenitores. La disposición última en cuestión es producida siempre bajo la moción directiva general de Dios, que mueve todo lo creado, en particular el desarrollo embrionario del hombre como de los animales; pero en esta ocasión se trata del animal dotado de razón, y esta moción directiva general de Dios mueve entonces un proceso biológico intrínsecamente sometido a la virtud del acto generador humano, y del primer principio de éste —el alma espiritual de los progenitores— que trasciende el orden simplemente biológico y todo el dinamismo de la naturaleza material considerada aisladamente."

Maritain se sostiene en la verdad sin ambigüedades; y ésta es que durante el proceso todo el movimiento evolutivo propio de la

generación humana, el embrión No es simple vegetal durante una fase, que luego es un simple animal, antes de llegar a ser humano; no, lejos de ese sinsentido, el embrión humano es un ser que desde el primer instante de su existencia, cuando los gametos se constituyen en cigoto, es hecho para ser hombre por el impulso radical del acto humano de generación del que depende; y que llega a ser formalmente aquello que desde el principio es ya virtualmente hombre; esto es, un cuerpo informado por el alma intelectiva "después de haber atravesado una fase en que su cuerpo es informado pasajeramente y en devenir (*in via*) por un alma vegetativa, y otra fase en que su cuerpo es informado pasajeramente y en devenir (*in via*), por un alma sensitiva" (p. 63).

Del estudio de estos textos de Maritain, y del texto del capítulo 22 del tercer libro de la *Suma contra los gentiles* de Santo Tomás, no se desprende necesidad alguna de que a la inteligencia, al orden de la razón, le resulte conveniente, en algunas circunstancias, determinarse por la práctica del aborto, salvo que exista insuficiencia en la comprensión ontológica de dichos textos, y de otros que reproduciré más abajo. Lo que sí se desprende de estos textos, es que la materia embrionaria humana desde su inicio y durante todo el tiempo en que evoluciona antes de serle infundida el alma racional, es una porción de materia que se distingue del resto todo de la materia creada del universo por ser destinataria de un acto libre y soberano de la creación divina, y por el impulso radical del acto humano de generación, que es el alma inmortal de los progenitores y causa segunda de esa porción insignificante y simultáneamente sublime de la materia. Dicho de otra forma, de la interpretación que hace Vázquez de Maritain cuando éste interpreta a Santo Tomás (p. 43), se sigue una sola actitud ante el embrión humano desde su concepción, y es la conveniencia de permitir su evolución hasta la consecución de su forma final, sin otra intervención de voluntades ajenas que la de contribuir responsable y eficazmente al mejor desarrollo posible de ese ser *in via*, que es el fin de la medicina y de la moral, en tanto ciencias prácticas aplicadas al embarazo de las mujeres. Por lo tanto, el concepto de ser humano es más amplio que la definición restrictiva de Vázquez de persona, ya expuesta aquí y que el mismo Vázquez reduce ahora aún más, pues define a la persona sólo como un "supuesto con existencia racional", sin los atributos que antes le parecían necesarios y ahora no; me refiero a la autoconsciencia y a la libre determinación, evidentemente ajenos a la vida embrionaria pero presentes virtualmente en esa fracción privilegiada de materia, ya humana en acto desde su concepción.

¿Acaso no incluye Vázquez en su trabajo la nota número 11 (p. 43), que cita, en apoyo a sus opiniones, la formulación de Maritain de la virtud? Para el pensador francés, en sentido estricto, la virtud pertenece a la causalidad formal y de ningún modo a la causalidad eficiente. La virtud no ejerce ninguna causalidad eficiente, sino solamente causalidad formal. Por eso, en el embrión humano, cuya causa eficiente es el acto de generación humana, está implicada necesariamente la virtud que, en tanto forma de momivimiento causado, regula durante el proceso de

su causación toda la instrumentalidad que lo conduce a su forma final; y es que lo primero en el orden de la intención, es necesariamente segundo en el orden de la realización.

En la generación humana la materia sigue al alma espiritual, y no el alma espiritual, creada por Dios inmediatamente para cada persona, sigue a la materia; pero la personalidad humana la adquiere el hombre desde el momento de la generación; y desde ese momento la persona es materia humana en via de existir luego con alma racional. En efecto, como sostiene Santo Tomás en el No. 2 del Cap. XLIV, libro IV de la *Suma contra los gentiles*, "supuesto lo que es posterior en el orden de la generación, necesariamente se ha de suponer lo que es anterior en el orden de la generación. Y es posterior lo que es más perfecto; lo más perfecto es el mismo individuo, ya engendrado, que desde el momento de la generación humana es una hipóstasis o persona, para cuya constitución se requieren el alma y el cuerpo. Luego, supuesta la personalidad del hombre engendrado, necesariamente ha de existir el cuerpo (antes) y el alma racional (después)". (Los paréntesis son míos.) Así, a nadie le conviene desconocer que la plenitud del amor absolutamente libre de Dios dispuso desde la eternidad la creación de la nada de su propia alma, en el tiempo y en una materia organizada, para ser infundida en ella, y para la cual estuvo dicha materia *en via* desde que se constituyó en cigoto. Tampoco le conviene a nadie ignorar, olvidar u ocultar que su alma personal fue creada con el fin de alcanzar la visión divina y que la disposición última de la materia y del alma que constituyen su individualidad, es insuficiente para alcanzar, por su propia potencia, tan elevado y gratuito fin; y ese deseo o apetito de la visión de Dios es, como afirma Maritain en la nota número 4 de su artículo sobre la evolución, "un deseo de naturaleza que es uno con el ser del intelecto, incluso en tal hombre al que faltará conocer de lejos por la razón, así como lo puede y debe, a Dios como causa de su ser. Y este deseo de naturaleza se dobla de un deseo elícito de gracia en quien, por la fe, conoce a Dios como Salvador y como Amigo, y quien se hará ver inmediatamente, por su esencia, al intelecto glorificado".

Profundo misterio éste de la elección divina, al que se le oponen necesariamente las acciones morales específicamente malas, en tanto mostradas por la inteligencia deficiente a la voluntad, que las apetece como buenas y por ellas se determina en consecuencia.

IV. *La materia creada, dispuesta para su fin último*

Todo lo que por el dinamismo del movimiento de la materia es, está llamado a la encarnación del alma humana, pero solamente una porción microscópica de la materia del universo entero es elegida para infundírsele tal privilegio, privilegio de la materia que se inicia en la constitución del cigoto, mediante la virtud del acto humano de generar. Salvo que la voluntad humana, deficientemente informada por la razón, provoque la muerte del embrión en cualquiera de las etapas de

su desarrollo, o que la naturaleza así lo disponga, en tanto accidente de la materia orientado a un bien que de ningún modo debe escandalizarnos, sino más bien a salir de la soberbia de nuestra ignorancia y a superarlo en la medida de lo posible; salvo estas dos condiciones y durante todo el tiempo del movimiento evolutivo en que el embrión no ha recibido la infusión del alma racional, el embrión es materia privilegiada por encima del resto de la materia universal; y este privilegio es un atributo óntico de la materia embrionaria humana porque esa fracción de materia fue elegida desde siempre por Dios para infundirle su forma substancial racional, espiritual e inmortal, que es el alma, llamada, en la unidad indestructible de la persona, y una vez vencida la muerte, a la consecución de su fin último.

Desde el momento de la concepción de cada persona, existe un individuo vivo en la especie humana, de la misma especie y materia indistinta en la que se encarnó el Verbo de Dios. Así, toda la materia de la creación está subordinada, desde la sabiduría infinitamente libre y eficaz de Dios, a la encarnación del Verbo; encarnación y victoria radical de la vida sobre la muerte que ya tuvo lugar entre nosotros "en la plenitud de los tiempos", encarnación habida por la acción del Espíritu Santo en las entrañas de la única mujer posible que por ello y para ello fue privilegiada por la plenitud de la gracia desde el momento mismo de su concepción en el tiempo; momento éste elegido y querido por Dios desde siempre, que precisó del acto de generación humana de los padres de la única persona a la cual llaman bienaventurada todas las generaciones con sobrada razón. Y la disposición última de la materia de sólo uno de los óvulos que produjo la Virgen Madre de Dios, y no de otro, fue la que preparó y eligió el Padre de entre todo el movimiento evolutivo de la abrumadora inmensidad de la materia universal, creada por él para engendrar en ella a su hijo en el tiempo, aspiración cimera de toda la creación y, para la cual, actualizada en Cristo, su padre y padre nuestro, creó asimismo en el tiempo y de la nada, su alma racional, de la cual las nuestras son creadas a su imagen y semejanza en el momento mismo de su concepción, según lo demuestra amplia y exquisitamente el doctor angélico en los números 1, 2 y 3 del ya citado capítulo XLIV del cuarto libro de la *Suma contra los gentiles*. Como muestra de lo dicho, dos botones: "Mas la personalidad del hombre Cristo no es diversa de la del Verbo de Dios; y en la misma concepción asumió el Verbo un cuerpo humano. Luego en ella misma comenzó a existir la personalidad de aquel hombre, y por lo tanto desde ese momento tuvo un alma racional", y más abajo: "Por lo tanto, si el alma se unió al cuerpo desde el principio de la concepción, éste debió ser desde el principio también un cuerpo organizado y formado. Y también la organización del cuerpo, en el orden de la generación, precede a la introducción en él del alma racional; luego, puesto lo posterior, necesariamente debió darse lo primero". Y yo añado: de la misma forma en que desde la concepción Cristo tuvo la misma personalidad divina que la de su padre que lo engendró, y la misma personalidad humana

que la de la mujer que lo engendró, el resto de la humanidad desde el momento de la concepción tenemos la misma personalidad humana que la de nuestros padres, que nos engendraron, aunque el alma nos haya sido creada e infundida individual e inmediatamente, algún tiempo después de la concepción. Tanto es grosero opinar que Dios crea el alma individual en forma mediata, como opinar que Dios crea el alma necesariamente en el momento de la concepción. A los filósofos que se inclinan por la primera opinión, entre ellos Vázquez, quien, además, pretende hacer pasar a Maritain como solidario de esa opinión, tergiversando su pensamiento (p. 50), habrá de situárseles dentro de una concepción hilemorfista a la que le convendría el calificativo de mecanicista, y que subordina al Creador a su creación; a quienes se someten a la segunda opinión, conviene encuadrarlos dentro del abultado número de los filósofos modernos que no alcanzan a comprender el realismo ineluctable de la virtualidad humana, y no sólo de la materia embrionaria previa a su animación inmediata por Dios, sino desde que la persona es concebida hasta que alcanza su fin último. Más abajo volveré sobre la opinión de la creación mediata y Maritain.

Una de las causas de genuino regocijo intelectual, verdadero aliento de nuestra esperanza trascendental, es tener conciencia de que el cuerpo de la persona, a partir de la concepción, sigue la misma evolución morfogenética que la tenida por el cuerpo de Cristo a partir del momento en que también él fue cigoto. Y de la misma forma en que el padre común creó inmediatamente el alma de Cristo, crea la de cada persona, para ser infundida en una materia formada y organizada que la antecede en el orden de la realización, pero que desde el principio de su concepción suspira y hasta "gime" por tal alma racional, en tanto forma substancial creada en el tiempo, pero querida libremente por Dios desde siempre para informar cierta cantidad de materia, que por eso es privilegiada por encima del resto de la materia, se debe a la virtud del acto humano de generación; materia en la que, trascendida por este acto humano la mera acción del dinamismo químico de la materia, se individualiza determinada persona. La materia embrionaria humana es privilegiada por encima de todo el resto de la materia del universo, porque es necesariamente ella y sus accidentes y no otra la que en un instante de su existencia, conocido sólo por Dios y que escapa necesariamente a los objetivos de las ciencias de la naturaleza, es informada por un alma creada por Dios de la nada, es decir, inmediatamente, en tanto que debe su ser a la causa primera y sin que medie para su existencia ninguna causa segunda; y es creada de la nada para que asuma la forma substancial de esa determinada materia privilegiada que, en tanto persona, atraviesa una fase que le es necesaria: ser embrión. Y así como durante esta fase la persona está en vía, la persona está en vía necesariamente mientras atraviesa las demás fases que precisa su constitución, hasta ser llevada a su fin último; de manera semejante a una novia que es llevada a la boda con su amado, que la eligió de antemano.

V. Una precisión acerca de la creación inmediata del alma y su infusión en la materia embrionaria

Si como quedó demostrado en otra parte de este trabajo, la creación del alma racional es un acto inmediato de la sabiduría divina en el tiempo, que está precedido por la creación de la materia del universo; así como quedó asentado que ésta se explica por la creación temporalmente posterior en el tiempo del alma, la infusión del alma intelectual en la materia embrionaria es una acción divina inmediata, pero evidentemente no propia de su potencia creativa, sino de la gratitud absoluta de su providencia, que así provee a la materia embrionaria humana de alma racional, de donde resulta que aquélla es, al menos, tres veces privilegiada por encima de todo el resto de la materia del cosmos.

La inmediatez de la creación y de la infusión del alma, en tanto actos divinos, no debe confundirse con la opinión de algunos teólogos modernos respecto de que dichos actos divinos, y en particular el de la infusión del alma, son producidos desde el primer instante de la concepción; es decir, en el sentido de que no media tiempo alguno entre la concepción y la infusión del alma. Contra esta opinión se levanta Maritain, al que sigue Vázquez; pero si Maritain sólo opina de la infusión del alma en el último estadio del desarrollo embrionario, Vázquez sostiene que cuando la materia embrionaria tiene ocho semanas de ser tal, es una materia dispuesta que "solicita la infusión de un alma creada por el ente divino en ese instante" (p. 43, No. 4). A mi entender, es más preciso afirmar que la infusión del alma en la materia embrionaria ocurre cierto tiempo después del momento de la concepción, que afirmar, con Vázquez, que la animación o infusión del alma es mediata y, descuidadamente, achacarle semejante imprecisión a Maritain (p. 50).

Respecto de que Dios produce el alma humana en la existencia mediante una acción inmediata, Santo Tomás es contundente en los cinco párrafos del Capítulo LXXXVII del segundo libro de la *Suma contra los gentiles*. Reproduzco el segundo: "Todo aquello cuya substancia no es su mismo ser, tiene un autor de su existencia.... Y el alma humana no es su propio ser, pues tal prerrogativa es únicamente de Dios. Luego tiene una causa activa de su ser. Pero lo que existe por sí también es hecho por sí; mas lo que no tiene un ser por sí mismo, sino sólo juntamente con otro, no es hecho independientemente, sino juntamente con el otro, como la forma del fuego existe al generarse el fuego. Mas el alma humana tiene sobre todas las otras formas el ser subsistente, y el comunicar su ser propio al cuerpo. Luego el alma tiene su propia producción por sí, no como las demás formas, que existen accidentalmente al formarse el compuesto. Pero como el alma humana no tiene ninguna parte material, no puede producirse, como la materia, a partir de otra cosa; de donde sólo queda que venga de la nada, y por consiguiente por creación. Y siendo la creación una operación propia de Dios, como hemos demostrado, se sigue que es creada inmediatamente por Dios..."

VI. Una definición a la que le es inherente la moral y el fin último

Vázquez cita en su trabajo la definición de persona, de Boecio: "sustancia individual de naturaleza racional" (p. 40); y si para este autor la naturaleza de la persona es racional, necesariamente la persona es racional, necesariamente la persona está en potencia de autoconsciencia y de libre determinación; y si para Vázquez la persona es un supuesto que es capaz de autoconsciencia y libre decisión, por poseer existencia racional; para ambos los actos libres de la persona son necesariamente morales, y para ambos la persona tiene también por necesidad un fin trascendental. Para Vázquez, y asimismo para Boecio, la existencia de la naturaleza racional de este supuesto, ser subsistente o substancia primera, como quiera llamársele, "se explica por el principio que la hace posible, el alma racional, dotada de inteligencia y voluntad" (p. 41), que se une al cuerpo como la forma con la materia, o como el acto con la potencia.

Los actos libres de la persona son necesariamente morales por una relación *per se*, es decir, esencial, y no por una acción accidental, como sucede con las demás formas de la materia, que existe accidentalmente al formarse el compuesto; la relación esencial entre los actos libres de la persona y la moral se explica, en genuina doctrina hilermórfica, porque en los actos libres la moralidad es una forma que necesariamente requiere de su materia propia, que es el acto libre; de manera tal que si los seres humanos fuésemos incapaces de ejercitar acciones libres, la moralidad no existiría, como no existe en las acciones de los demás animales; la moralidad, por ello, tampoco existe en los niños, ni en ningún ser humano en el que está ausente la disposición última para razonar, porque la causa eficiente de los actos libres es la voluntad, informada por la razón, que, en sus circunstancias, considera la plenitud de ser que le es debida a los actos libres o, por el contrario, considera la deficiencia de plenitud de ser que le es debida a esos actos; a la primera especie pertenecen los actos moralmente buenos; a la segunda especie, los actos malos. Por ejemplo, moralmente es bueno promover y actualizar todo aquello que contribuye a que la materia embrionaria humana sea objeto nada menos que de un acto creador de Dios, que infunde esa alma para comunicar su ser propio a esa materia. Y es moralmente malo promover todo aquello que contribuye a que la materia embrionaria humana sea, en oposición del bien para el que está engendrada privilegiada, privada de ese acto divino en algún momento dado de su existencia.

La persona tiene también por necesidad un fin trascendental porque "el fin de una cosa corresponde a su principio; pues una cosa es perfecta cuando regresa a su primer principio, sea por semejanza, o de alguna otra manera. Y el fin del alma, así como su última perfección, es trascender todo el orden de las creaturas mediante el conocimiento y el amor, y volver a su primer principio, que es Dios. Luego de Dios tiene propiamente su origen y principio" (Santo Tomás, *Suma contra los gentiles*, L.

11, Cap. LXXXVII, No. 5).

VII. Una contradicción

En la página 31 de la revista *Estudios* (No. 14), afirma Vázquez: "Por lo que hace a la animación, Singer descarta esta alternativa como anacrónica, ya que resulta absurdo pensar que el alma creada por Dios venga a animar el cuerpo del feto y que el síntoma para detectar esa animación sea el movimiento del feto en el seno materno." Pero en evidente contradicción consigo mismo, en la página 50 afirma Vázquez: "El problema entonces, como lo ve claro Singer, consistirá en saber cuál es el momento de la animación". Pero Singer, lejos de contradecirse, es congruente consigo mismo, puesto que desemboca en las siguientes conclusiones:

Primera. "La condición suficiente y necesaria para no privar de la vida a una persona es su capacidad de autoconsciencia y libre decisión" (p. 30).

Segunda. Singer opina que no es posible para el hombre establecer con certeza que las propiedades actuales o potenciales de autoconsciencia y libertad le sean intrínsecamente valiosas. Así, "la única respuesta válida (?) es la utilitaria, que parte de la capacidad actual o en ejercicio de la persona". (El paréntesis es mío.) Así, sigue Singer, "el aborto no es ni mejor ni peor que cualquier otro medio de control natal y con mayor razón se justifica en presencia de un grave problema de sobrepoblación. Más aun, entre el feto y el recién nacido no es posible percibir diferencia alguna en términos de autoconsciencia actual, y con un criterio utilitario también se puede, y en ciertas circunstancias se debe, justificar el infanticidio" (p. 33).

Tercera. "Si lo potencial —opina Singer— significa que el feto nunca será capaz de verse a sí mismo como una entidad distinta con un pasado y un futuro, ese sentido de potencialidad no puede ser el supuesto para preservar la vida del feto" (p. 32).

Cuarta. "Si el feto no es persona su vida no tiene más valor que la de un animal. En este caso, en cuanto ser sensible, la muerte del feto como la de cualquier otro animal debe hacerse lo menos dolorosa posible" (p. 32).

Quinta. Según la opinión utilitaria liberal, en la que Singer chapotea, la vida intrauterina o la posnatal de un ser humano "no puede ser la línea divisoria que marque el derecho de matar a ese ser" (p. 31).

Sexta. Singer opina que la dependencia del feto respecto de la madre no es suficiente para privar o no de la vida al feto, ya que la dependencia no deja de ser una noción relativa. En tal virtud, el aborto no estaría prohibido antes de que el feto sea viable (p. 31).

Tras este desfile de crímenes en potencia, Vázquez descubre que para Singer "la persona sólo tiene sentido desde un punto de vista estrictamente psicológico pero no ontológico" (p. 44); en cambio para aquél, el feto adquiriría dignidad de persona y sería posible ontológicamente

hablar del feto como tal desde el momento de la animación, definitivamente establecida por Vázquez a partir de la octava semana de la gestación; puesto que desde un punto de vista filosófico, opina Vázquez, "antes de ese momento no existe una materia en disposición última para recibir el alma racional".

VIII. *Hilemorfismo "accidental" e hilemorfismo "trascendental"*

Las formas de la materia existen accidentalmente al formarse el compuesto por la acción permante de las causas segundas, pero sólo una de ellas entre todas es producida por la virtud del acto generador humano y del primer principio de éste, que trasciende todo el dinamismo de la naturaleza material en tanto ser espiritual. La teoría hilemórfica que ampara la producción de todas estas formas podría calificarlo de "accidental", a diferencia del "trascendental", que comprende exclusivamente la unidad animada del ser humano, y para lo cual está en vía la materia embrionaria. El hilemorfismo accidental comprende toda la producción evolutiva de la materia por las causas segundas; la trascendental sólo al hombre, que debe su ser inmediatamente a la causa primera, y a sus progenitores. Y al parecer es precisamente la confusión de estas dos especies de hilemorfismo donde radica el error que conduce al algunos a pretender justificar moralmente la muerte provocada del embrión humano, en circunstancias que pueden aceptarse a la conveniencia tan variada como se quieran interpretar los datos positivos de la embriología. Y esto es así porque los filósofos que no distinguen las dos especies de hilemorfismo que aquí propongo, entre quienes incluyo a Vázquez y a los filósofos modernos aludidos por Maritain en su artículo (p. 62, 63 y 64), subordinan la creación del alma individual, y su infusión en la materia embrionaria, a determinado momento de la evolución de ésta. Pero la creación del alma espiritual, individual e inmortal, y su infusión en la materia embrionaria, son actos simultáneos, inmediatos, propios, inherentes e incondicionables de la perfecta y absoluta libertad de la sabiduría divina, creada en la infinita intemporalidad de la vida divina como principio rector de toda la creación visible y de la invisible; actos divinos a los que necesaria e inmediatamente aspira la materia embrionaria, humanizada por el principio actuante en ella desde que es materia gamética. Y es por aspirar la materia embrionaria a tal efecto de la creación divina por lo que es privilegiada esa materia; y lo es a partir de constituirse en cigoto. Por lo tanto, todo el movimiento evolutivo de la creación material alcanza plenitud óptica en cada embrión humano, desde su concepción e independientemente de que la animación tenga lugar en un momento anterior o en uno posterior bien distantes al atribuido por Vázquez, en un marco de referencia más bien mecánico y semántico que realmente científico.

Desde esta perspectiva no hay diferencia esencial entre los teólogos modernos y Vázquez respecto de la moralidad del aborto, pues "si bien es cierto (p. 50), que el cigoto lo es de un ser humano por la virtud del

acto generador humano, y que este solo hecho distingue a esa substancia individual de cualquier otra criatura animal", ninguno de los dos alcanza a comprender que la materia embrionaria humana es privilegiada porque desde el principio de su constitución es el único vehículo material posible de la prosecución de la acción creadora de Dios, que creó de la nada el alma individual, que es la forma substancial de esa materia, y que evidentemente el hombre no puede producir, pero sí disponer para ello a la materia mediante el acto generador, en tanto causa segunda; mientras que el alma racional debe su ser a la causa primera, y de allí que su creación, como lo demostré en otra parte, sea necesariamente inmediata, y de que la materia embrionaria, desde el principio, aspire a ella y a su fin último de vida eterna, que es la visión de Dios. Tal es el múltiple privilegio de la materia embrionaria. Por lo tanto, es evidente que le repugne a la razón, en tanto acción moralmente mala, matar la vida de esa materia, animada o no, pues la vida humana tiene primacía sobre cualquier razón que pretenda matarla, en virtud de las razones ontológicas expuestas, y de que a la razón no le es dable conocer, ni el momento divino en el que Dios crea de la nada el alma racional, ni el momento simultáneo al anterior, en el que el alma es infundida en la materia embrionaria, porque son dos momentos intemporales reservados a la sabiduría divina, que no han sido ni serán revelados al hombre y, por lo mismo, de ellos sólo podemos opinar pero no concluir necesariamente, si es que aún respetamos a la metafísica.

Para los teólogos modernos, la creación divina del alma y su infusión en la materia se producen indistintamente en el momento mismo en que se termina de constituir el cigoto o, para algunos y cuando más, desde su implantación en el endometrio. Lo primero sucede aproximadamente dieciocho horas después de la fertilización, y lo segundo hacia el sexto día, cuando el cigoto está en su fase de blastocito. Y opinan que esto es en uno u otro momentos porque simplemente desprecian la materia embrionaria; sí señor, desprecian esa materia que tanto ama Dios, como en otra parte quedó demostrado. En efecto, para evitarse problemas que no han podido resolver, ni filosófica ni teológicamente, aseguran la muerte provocada de cualquier otro ser humano, porque, dicen ellos, el embrión es necesariamente animado desde el principio de su constitución, o desde que se implanta en el endometrio uterino. Y esta opinión, si no es necesariamente falsa, tampoco es necesariamente verdadera.

Vázquez, quien por no advertir en la materia embrionaria el privilegio óntico de que disfruta, también desprecia la materia embrionaria humana; y fundamentado en la especie de teoría hilemórfica que en otro párrafo denomino "accidental", simplemente desplaza el acto divino de la creación y de la infusión del alma a la octava semana de la gestación, apoyado en los dictámenes consensuales de quienes se ocupan de la embriología, aunque no proporciona la fuente del consenso referido en su trabajo (p. 52). Y desde la vaguedad intelectual que necesariamente resulta de opinar respecto de las diferencias

de calidad y de cantidad en la materia embrionaria humana, consideradas durante el proceso continuo de su movivimiento evolutivo, Vázquez infiere que puede matarse al embrión si se producen las condiciones que él considera, sin que ese crimen repugne a la razón, lo que evidentemente es falso y opuesto a un filósofo serio. Y si de ordinario, en opinión de Vázquez, la materia embrionaria no alcanza nunca la disposición última para recibir el alma racional antes de la octava semana de la gestación, añade que hay casos en que no alcanza jamás, y que puede provocarse, por lo tanto y cuando se quiera el aborto, sin que tal crimen constituya una especie moralmente mala. En efecto, opina Vázquez, "si por razones hereditarias (?) o congénitas se descubre en el feto alguna malformación irreversible, imposible de compensar (por las técnicas actuales) y se presume (luego no hay certeza) que su estado impedirá en el futuro alguna manifestación de autoconsciencia y libre decisión, por mínima que ésta sea (restricción del concepto de persona a la temporalidad). En estos casos, desde la teoría hilemórfica ('accidentalista'), pensamos que la materia no ha alcanzado (temor a usar el tiempo adecuado del verbo alcanzar) su disposición última para recibir el alma racional". (Los paréntesis son míos.) Pero ¿acaso puede alguien alegar poseer la autoridad suficiente para determinar inequívocamente que estos accidentados individuos monstruosos de la especie humana no tienen alma espiritual? ¿Acaso ignora Vázquez que estos accidentes de la materia son permitidos por Dios para que más bien se acreciente nuestra caridad mediante ellos? ¿Acaso pretende Vázquez olvidar que el amor es el más vigoroso antídoto del crimen y de la intolerancia? Aquí me viene a la memoria la siguiente reflexión de Marciano Vidal, publicada en el volumen IX, 1987/3-4, p. 312, de la revista de ciencias morales *Moralia*.

"Al término de estas consideraciones sobre el valor de la vida en gestación conviene que advirtamos sobre el peligro de caer en la tentación en que tantas veces hemos sucumbido los humanos: cuando los hombres han querido 'deshacerse' de una raza, de un grupo, de un individuo, previamente lo han 'descalificado' en su mente (razonamientos filosóficos) y en su corazón (exclusión de la 'afección humanitaria')."